

10499

V. 975

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER,

COMEDIA EN TRES ACTOS.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

10

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloísa.
Abnegación y nobleza.
Ángela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Ponito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empena un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cueülladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De andares es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dónde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malval!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El silio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.

El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Taltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, o el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

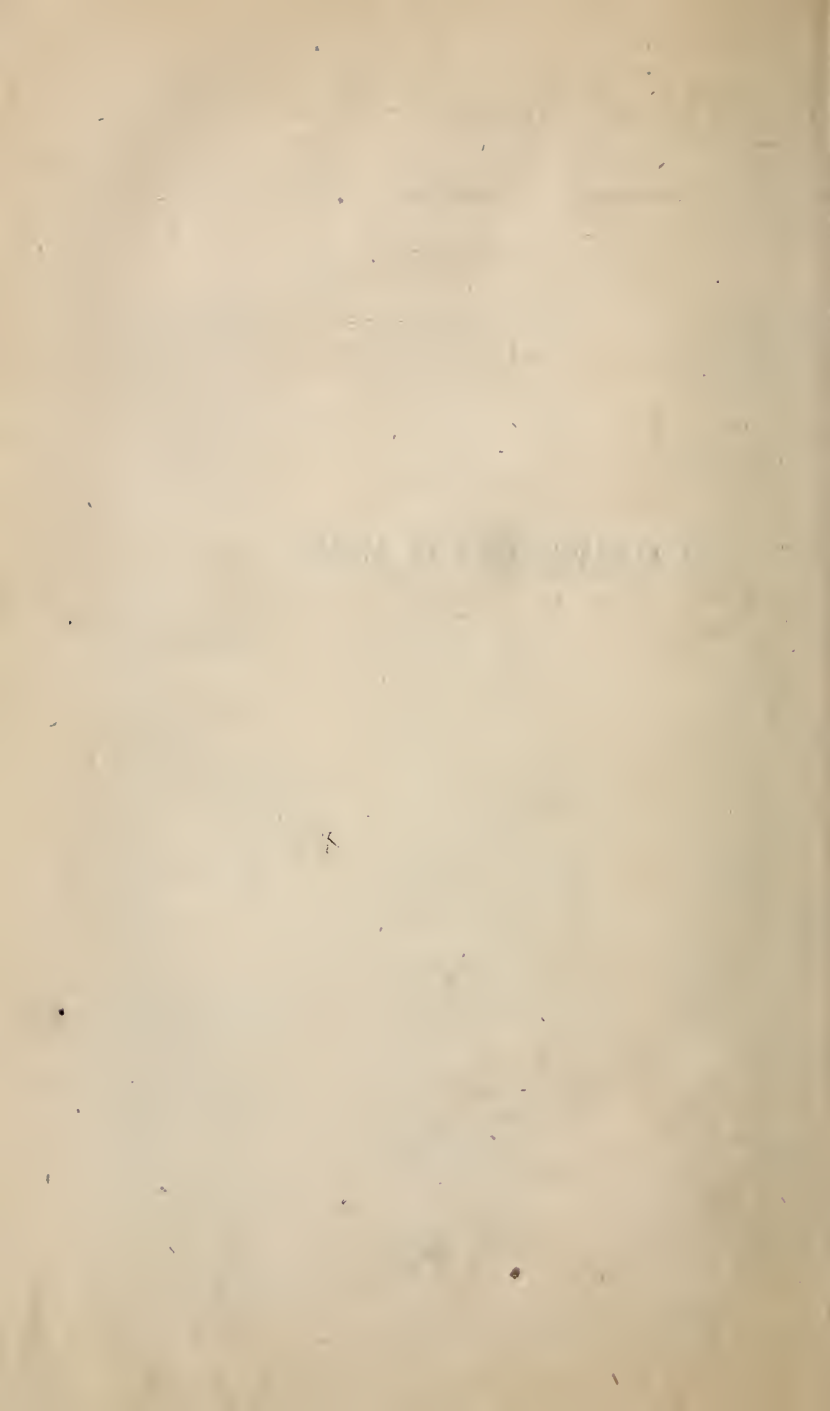
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon

Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos es...
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca...
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cam...
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teru...
La verdad en el espeje...
La banda de la Conde...
La esposa de Sancho e...
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv...
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fern...
Las flores de Don Jua...
Las aparencias.
Las gúceras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren...
La Archiduquesita.
La escuela de los amig...
La escuela de los perd...
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca...
La niña Iris.
La dicha en el bien aje...
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho...
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planja exótica.
Las mujeres.
La noion en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (...
La calle de la Montera...
Los pecados de los pad...
Los inlieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta...
La peor cuña.
La choza del almadreñ...
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...
La agenda de Correlar...
La cruz de oro.
La caja del regimiento...
Las sisas de mi mujer...
¡Llueven hijos!
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbarano.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.



EL SUPPLICIO DE UNA MUJER,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

DON MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ

Y

DON I. C. RODRIGUEZ.

Estrenada en el teatro del Circo de Madrid en Octubre de 1865.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

PERSONAS.

ACTORES.

ELENA.....	D. ^a MATILDE DIEZ.
ENRIQUETA.....	D. ^a ADELAIDA ALVAREZ.
CAROLINA.....	D. ^a MATILDE FRANCO.
LUIS.....	D. MANUEL CATALINA.
CÁRLOS.....	D. JUAN CATALINA.
CRIADO.....	D. JOAQUIN VIDALES.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Mariano Carreras y Gonzalez y D. Juan Catalina, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los pñntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Sr. D. Emilio Girardin.

MUY SEÑOR NUESTRO: *El suplicio de una mujer* es demasiado importante, como obra filosófica y literaria, para que pasase desapercibido en España, donde, sin dejar de tener un teatro propio, tan brillante por lo menos, en su historia y en su estado actual, como cualquiera de los teatros extranjeros, seguimos con especial atención el movimiento de la escena francesa y procuramos asimilarnos sus producciones mas notables.

Asi es que cuando llegó á nuestras manos aquel drama, concebimos desde luego el propósito de darle á conocer en castellano.

No era esta, sin embargo, empresa tan fácil como parece.

En primer lugar, nuestro público tiene sus costumbres, su modo de ser y de sentir especiales; nuestra escuela dramática tiene tambien su carácter propio; nuestro espíritu nacional, aunque influido por el cosmopolitismo que tienden á crear la facilidad de los viajes y la frecuencia de las relaciones internacionales, conserva todavia una originalidad innegable.

Era, pues, preciso en primer lugar, al verter á nuestro idioma la obra cuya reproduccion escénica deseábamos, acomodarla, no solo en su lenguaje, sino tambien en sus condiciones artísticas á la índole del teatro español, modificando la expresion de los afectos, cambiando algunos resortes dramáticos y dándole, en fin, el sello de nacionalidad necesario para ser presentado al público á quien le destinábamos.

Por otra parte, leyendo atentamente *El suplicio de una mujer*, nos hallábamos en cierto modo con dos dramas sobre el mismo asunto, uno el escrito por Vd. y conservado en su *prefacio*, otro

el que reformado por el Sr. Alejandro Dumas hijo, fué representado en esos teatros. ¿Cuál de ellos elegir para nuestro trabajo? El segundo tenia ya la sancion de un público tan numeroso como ilustrado; llevaba consigo la autoridad de la opinion; el prestigio del éxito; la aureola del triunfo y del aplauso. El primero carecia de todos estos títulos; pero poseia á nuestros ojos uno no menos grande, el haber sido concebido por Vd., por Vd., creador de la idea, verdadero autor de la obra; por Vd., cuyo nombre y cuyos escritos como periodista y publicista conocíamos perfectamente y estábamos acostumbrados á respetar y admirar.

La eleccion era difícil y no podia hacerse de plano. Estudiamos detenidamente los dos dramas; los comparamos el uno con el otro, y de esta comparacion resultó el juicio que vamos á exponer á Vd. con la proverbial sinceridad española.

La primera concepcion de Vd., la idea primitiva y fundamental de *El suplicio de una mujer* habia sido evidentemente adulterada. La obra, al pasar por la colaboracion del Sr. Alejandro Dumas hijo, habia ganado quizá bajo el punto de vista artístico; pero habia perdido, sin duda, mucho bajo el aspecto filosófico y literario. Por darle acaso mas unidad en la accion, mas sencillez en los episodios, mas soltura y vigor en el diálogo, la mano demasiado hábil del colaborador habia rebajado los caracteres, desnaturalizado las peripecias y falseado la moral de una manera lamentable. Vd. tenia razon, Sr. de Girardin, el ideal habia desaparecido en *El suplicio de una mujer*; á este ideal, que es la belleza verdadera, la belleza universal y absoluta, habia sustituido un realismo repugnante, un realismo que no puede ser bello, por mas que sea real, porque tampoco es en absoluto verdadero.

Debíamos, pues, sin perder de vista la mano de obra del señor Alejandro Dumas hijo, restablecer en el drama la primera materia; debíamos asociar la tarea del artista á la del filósofo; debíamos, en fin, para producir la luz que deseábamos, reunir en un solo foco los rayos de dos inteligencias, hasta entonces divergentes.

En resúmen, conservar fielmente la inspiracion de Vd., res-

petar el arte de su distinguido colaborador, fundir el uno y la otra en un molde verdaderamente español; tal era, Sr. de Girardin, la mision que creíamos deber imponernos, y que en efecto nos hemos impuesto.

Si hemos acertado á comprenderla y á desempeñarla, toca en primer lugar decidirlo á Vd. mismo; y en segundo al público, que á todos ha de juzgarnos.

De todos modos, nosotros nos honraremos siempre de compartir con Vd. en nuestra patria la responsabilidad de una derrota, dejando, como es justo, todo entero el laurel de la victoria para añadirlo á la corona de escritor público que nadie puede ya negarle.

Con este motivo se ofrecen de Vd. atentos, afectísimos y S. S.
Q. S. M. B.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.—I. C. RODRIGUEZ.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Un salon elegantemente amueblado.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, un CRIADO.

LUIS. (Entrando, al Criado.) Diga usted á la señora que he vuelto. Dónde anda mi hija?

CRIADO. La señorita Carolina está jugando en la galeria.

LUIS. Dígale usted que venga.

CRIADO. Aqui viene. (Váse.)

ESCENA II.

LUIS, CAROLINA.

CAROL. Qué traes ahí, papaito?

LUIS. Sabes qué dia es hoy?

CAROL. Hoy es sábado.

LUIS. Y qué mas?

CAROL. Yo no sé.

LUIS. Pero de quién son los dias hoy?

CAROL. Calla! los mios?

- LUIS. De todas las niñas que se llaman Carolina y de todos los hombres que se llaman Cárlos.
- CAROL. Como mi padrino!
- LUIS. Justamente. Y tu papá que, como buen banquero, olvida las fechas, se ha acordado del cuatro de noviembre, y ha ido á comprar juguetes para su hijita, quien felicita respetuosamente los días.
- CAROL. Ay, papá, cuánto me alegro! Y qué es eso?... una muñeca?
- LUIS. Si.
- CAROL. Una muñeca!... qué bonita es!... Se parece toda á Erriquetta... No, no; es mejor esta.
- LUIS. Ya lo creo!... No habla!
- CAROL. Toma un abrazo.
- LUIS. Angel mio!
- CAROL. Ahora... un beso.
- LUIS. Estás contenta?
- CAROL. Si, papaito.
- LUIS. Yo soy el primero, verdad?
- CAROL. Cómo el primero?
- LUIS. El primero que te felicita los días?
- CAROL. Si.
- LUIS. Cárlos, tu padrino, no ha venido aun?
- CAROL. No. Pero vamos á ver: ¿qué has dado á mis pobrecitos?
- LUIS. Toma... aqui tienes para que les des tú misma. (Le da un bolsillo.)
- CAROL. (Contando las monedas.) Una, dos, tres... cinco monedas de oro!... Qué gusto! ya no tendrán hambre.
- LUIS. Hoy no.
- CAROL. Y mañana?
- LUIS. Mañana... Quién sabe?
- CAROL. Todos los días me darás dinero para ellos.
- LUIS. Los días que seas buena.
- CAROL. Entonces, lo seré siempre. Voy á dar de comer á mi muñeca.

ESCENA III.

LOS MISMOS, ELENA.

- LUIS. (Á Elena.) Ven, ven á gozar con su alegría!
- CAROL. (Enseñando á Elena su muñeca.) Mamá, mira qué bonita!
- ELENA. Si, es muy bonita. (Algo fria y distraida.) Tu aya te espera.
- CAROL. Yo quisiera quedarme aqui.
- ELENA. Ya sabes que eso no le gusta á Josefina.
- CAROL. Pero, mamá, si son mis dias hoy!
- LUIS. Tiene razon... Hoy es el ama de casa. Ve á jugar, hija mia. (Váse Carolina.)

ESCENA IV.

LUIS, ELENA.

- LUIS. Siempre pensativa! Qué tienes?
- ELENA. Nada, amigo mio.
- LUIS. Entonces, haz lo que Carolina; abrázame! La hija tiene su regalo... la madre debe tambien tener el suyo. (Saca una caja de joyas, la abre, y se la entrega á Elena.)
- ELENA. Otro regalo!
- LUIS. Por qué dices eso?
- ELENA. Porque todos los dias es lo mismo. Hermosas perlas!... soberbios diamantes!... Luis, tú quieres por mí dejar sin joyas á todos los diamantistas de Madrid!—Sabes lo que dicen de tí? No dicen que eres generoso, sino que eres pródigo.
- LUIS. Y quién dice eso?
- ELENA. Mis mejores amigas.
- LUIS. Deja murmurar á la envidia! Acaso todas las perlas del mar y todos los diamantes de la tierra valdrán nunca tanto como la dicha de poseerte? No hay en este cielo de mi amor mas que una nubecilla... y es la tristeza

que veo en tí y que cada dia se aumenta. Yo hago lo que puedo por disiparla, y sin embargo, no lo consigo. Veamos, Elena mia... qué tienes? qué te falta?

ELENA. Nada. (Con dulzura.)

LUIS. Tienes alguna queja de mí?

ELENA. Ninguna. Tú haces todo lo posible porque yo sea feliz... y si...

LUIS. Prosigue.

ELENA. Y si yo no escuchase mas que á mi corazon...

LUIS. Qué?

ELENA. No tendria un minuto de tristeza ni aun de fastidio.

LUIS. Estonces por qué estás triste?

ELENA. Si no estoy triste!... es que estoy enferma... nerviosa... tengo ganas de llorar... y no tengo motivo.

LUIS. Te sentaria bien un viaje? Partamos.

ELENA. Partir?

LUIS. Quieres que vayamos á pasar el invierno en Italia.

ELENA. Y tus negocios?

LUIS. No necesitan de mí para nada. Yo veré... yo arreglaré las cosas de modo que no pierdan con mi ausencia... Y ademas, qué son los negocios cuando se trata de tu salud ó de tus gustos? Ves como ya te sonries?... yo siempre gano contigo.

ELENA. Cómo no sonseir á tanta bondad?

LUIS. Di mas bien á tanto amor! porque te amo, Elena mia, te amo mas cada dia. Carolina y tú sois los dos ángeles de mi vida.

ELENA. Pues bien, si, parta mos! Tengo necesidad de salir de aqui.

LUIS. Cuando quieras.

ELENA. Contigo solo.

LUIS. Y con Carolina.

ELENA. Para qué llevar á esa niña?

LUIS. Y por qué dejarla lejos de nosotros? Ella completa nuestra dicha.

ELENA. Es tan niña!

LUIS. (Con dulzura.) Cualquiera diria que te fastidia.

ELENA. Á mí? Acaso alguna vez?...

LUIS. Sí; alguna vez eres demasiado severa con ella.

ELENA. Todos la miman tanto!... Bueno es que haya quien la riña.

LUIS. Quizás tienes razon. Yo no la veo mas que en las horas en que no trabajo, y entonces me encanta todo lo que hace y todo lo que dice. Para el que ha estado ocupado en negocios todo el día, la sonrisa de un niño es como un rayo de sol. Tú, por el contrario, tú la ves continuamente, y comprendo que te fatiguen sus gracias infantiles... Pero eres demasiado buena esposa para no ser una buena madre. Le guardas rencor, á pesar tuyo, por lo que te ha hecho sufrir, porque al venir al mundo estuvo á punto de arrancarte la vida?... Ah! para nosotros los hombres es muy fácil amar á los niños... no nos dan mas que alegrías, mientras que á vosotras las madres os hacen derramar tantas lágrimas!... Perdónala... no es culpa suya. (Mas bajo.) Siempre es bueno perdonar... (Sonriendo.) sobre todo á los inocentes. Por qué lloras, Elena mia?

ELENA. Por qué?... porque tú vales mas que yo, porque tienes razon... he sido alguna vez injusta con Carolina. Ya no lo seré mas; te lo prometo. Carolina vendrá con nosotros... partiremos sin decir nada á nadie, á nadie!

LUIS. Como quieras. Pero por qué ese misterio?

ELENA. Porque así tendrá mas atractivo nuestro viaje y nada podrá impedirlo. Pasaremos dos ó tres mes en un rincón del mundo donde nadie nos conozca, tú, Carolina, y yo... y ya verás entonces qué alegre estoy y cómo vuelvo á ser tu Elena de otros días.

LUIS. Es trato hecho. Solo faltan las arras... Te sonries otra vez? Oh! Dime que me amas!

ELENA. (Abandonándose.) Acaso podré amarte nunca lo bastante?
(En el momento en que Elena va á abrazar á Luis, entra Cárlos con una caja que deposita en un velador.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, CARLOS.

LUIS. Eres tú, Cárlos?... Estabas ahí?

CARLOS. Acabo de entrar... Andaba buscando á Carolina. (Á Elena que hace ademán de retirarse.) Se va usted porque yo vengo, señora?

ELENA. No por cierto: tengo que dar algunas órdenes urgentes, y...

CARLOS. Para el baile de Carolina?

ELENA. Justamente. Es á las doce, y ya van á dar. (Váse.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, LUIS.

CARLOS. Josefina me habia dicho que estaba aqui Carolina. Dónde anda?

LUIS. En el jardin de invierno. Está tan ocupada con su nueva muñeca, que no te ha visto entrar. Cómo te va?

CARLOS. Bien. Y á tí?

LUIS. Mejor que nunca.

CARLOS. Y Elena?... Está bien de salud?

LUIS. Perfectamente. No necesito preguntarte lo que contiene esa enorme caja... Apuesto á que es tambien una muñeca.

CARLOS. Yo no, porque ganarias. La tuya habla?

LUIS. No.

CARLOS. Pues la mia si!

LUIS. Seductor!... Supongo que asistirás al baile de los niños.

CARLOS. Seguramente.

LUIS. Comes con nosotros?

CARLOS. Si.

LUIS. Entonces te deajo con Carolina. Voy á saber cómo anda la Bolsa... Tienes tú noticias?

CARLOS. Acaso me cuido yo de eso? Tú eres aquí el que lo hace todo; y te das tan buena maña... que yo no necesito mezclarme en nada.

LUIS. Pues quizá sea preciso que te mezcles.

CARLOS. Por qué?

LUIS. Luego te lo diré.

ESCENA VII.

LOS NISMOS, CAROLINA.

CARLOS. Como gustes. (Llamando.) Carolina! Carolina!

CAROL. (Entrando apresuradamente.) Ah!... eres tú, padrino?

CARLOS. (Enseñándole la caja que ha traído.) Adivina lo que hay aquí dentro.

CAROL. Otra muñeca! (Luis, que ha estado contemplando en silencio y con delicia á Carolina, se va al aposento de Elena sin decir nada.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, CAROLINA.

CARLOS. (Absorto, mirando á Carolina.) Si, con todos sus trajes.

CAROL. Qué bueno eres, padrino! Es mas grande que la de papá.

CARLOS. Entonces la querrás mas que á la suya?...

CAROL. No, que quiero mas á la de papá.

CARLOS. Por qué?

CAROL. Porque papá me la ha dado.

CARLOS. Quieres mucho á tu papá?

CAROL. Oh! si.

CARLOS. Mas que á mí?

CAROL. Un poco mas.

CARLOS. Por qué razon?

CAROL. Por la razon de que es mi papá.

CARLOS. Y eso de papá, qué quiere decir?

- CAROL. Yo no sé; pero cuando digo papá, me parece que no puedo decir mas, y que debo abrazarle en seguida.
- CARLOS. Y á mí no me das un beso?
- CAROL. Si; porque tambien te quiero mucho; pero despues de papá, y despues de mamá tambien.—Vamos, señorita... (Dirigiéndose á la muñeca.) Será usted buena? Entoñces se llamará usted Matilde.
- CARLOS. Qué hizo tu mamá ayer tarde?
- CAROL. Se estuvo aqui con papá.
- CARLOS. Y no vino nadie á verlos?
- CAROL. Si, la señora de Mendoza.
- CARLOS. Á qué hora se fué?
- CAROL. Yo no sé... me acostaron á las nueve.
- CARLOS. Toma... esto tambien para tí. (Le da una cajita.)
- CAROL. Qué es?
- CARLOS. Un abanico para el baile.
- CAROL. Qué baile?
- CARLOS. Un baile que á peticion mia da hoy tu mamá á todas tus amiguitas; con motivo de tus dias.. es una sorpresa que te preparaba.
- CAROL. Un baile como el de las niñas de Mendoza? Qué gusto! Entonces tendré que ponerme linda al momento.
- CARLOS. Si, querida.
- CAROL. Voy á buscar á mi aya.
- CARLOS. Si, si... ve corriendo... pero mira!
- CAROL. Qué?
- CARLOS. Dame otro beso... En el salon encontrarás tambien bombones.
- CAROL. Voy á verlos.—¿Y qué ha dado usted á mis pobrecitos?
- CARLOS. Nada.
- CAROL. Papá les ha dado dinero.
- CARLOS. Yo tambien les daré. (Mientras tiene á Carolina en sus brazos, entra Enriqueta.)
- CAROL. Ah! entonces, bueno!

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ENRIQUETA.

ENRIQ. Buenos días, amigo Luis... Calla! Es usted, Cárlos?.. le habia tomado á usted por el amo de la casa!...

CARLOS. Antes de haberme visto?

ENRIQ. Qué quiere usted?... los que andan siempre juntos concluyen por parecerse... Esta preciosa niña se parece tanto á usted como á su padre... Lisonja de ahijada!... Buenos días, chiquitina! (La besa.) Dónde está tu mamá?

CAROL. Está con papá... voy á llamarlos. (Váse.)

ENRIQ. No los molestes. Yo me hallo aquí como en mi casa... Ya se ve, una amiga tan antigua!... y eso que Elena, por sus cualidades y su carácter, es una niña. Esperaré con usted á que esos tiernos esposos salgan á recibirme. Dos tortolitos, no es verdad? Qué buen ejemplo y cuán pocos le siguen! por lo demas, amigo mio, no será la primera vez que hace usted los honores de la casa... Y qué es de usted, Cárlos?... No se le ve en ninguna parte.

CARLOS. Como usted ha vivido tan retirada!...

ENRIQ. He estado de luto; pero ayer se concluyó, á Dios gracias! Asi es que tengo el placer de inaugurar con usted mi primer traje de color. Supongo que asistirá usted al baile de los niños.

CARLOS. Como espectador.

ENRIQ. Naturalmente... yo tambien... Es hoy, verdad? El convite me ha cogido tan desprevenida, que vengo á preguntárselo á Elena.

CARLOS. Hoy mismo.

ENRIQ. Á las doce? Cómo se mima ahora á los niños!... Señoritas de siete años que dan bailes!... no le parece á usted ridículo?

CARLOS. Señora, soy yo el culpable.

ENRIQ. Entonces, retiro mi censura. Bien mirado, tiene usted razon: los niños deben divertirse; demasiado pronto vienen siempre las penas! En cuanto á mi Clotilde, desde que ha oido hablar de baile, está loca de alegría... no ha dormido en toda la noche; le gusta tanto divertirse!... Es como su padre... No se parece á mí en nada. Las niñas se asemejan siempre á los padres... ¿tiene algo Carolina del suyo? Como yo la veo tan poco!...

CARLOS. Es como todos los niños de su edad... no tiene un carácter determinado... pero es buena, amable, cariñosa...

ENRIQ. Como su madre... La ama usted mucho, amigo mio?.. Á Carolina, se entiende.

CARLOS. Yo me muero por los niños.

ENRIQ. Y ella le ama tambien á usted?

CARLOS. Como aman los niños á quienes los miman.

ENRIQ. Oh! seria muy ingrata si no le amase á usted.

CARLOS. Por qué, señora?

ENRIQ. En primer lugar porque la mima usted mucho; y además...

CARLOS. Qué?

ENRIQ. Porque ha traído usted la felicidad á esta casa... Oh! esa niña no puede comprender todo lo que le debe á usted.

CARLOS. Á mí?

ENRIQ. Si, por cierto. Hace ocho años, Luis estaba arruinado; usted le prestó cuatro millones de reales... Oh! no lo niegue usted; me lo ha dicho él mismo con transportes de admiracion, con efusiones de gratitud que le honran mucho... y le salvó usted.—Volvió á emprender sus negocios; se desquitó de sus pérdidas... no le faltaba para ser feliz mas que un hijo que pedia al cielo en los tres años que llevaba de matrimonio, y que el cielo se obstinaba en negarle... pero al fin, un dia vino al mundo Carolina... Qué cierto es que no viene sola una di-cha!... Oh!... y lo que es Luis la merecia!... Es tan

buen marido, verdad? Confiado, fiel á su mujer!... fiel á su mujer!... fiel á su mujer!... Hé aqui una de esas cosas que es preciso repelir tres veces para que se crean!... Laborioso, inteligente, dulce como un cordero y valiente!... Oh! bien lo probó en las revueltas de mil ochocientos cincuenta y seis, donde fué gravemente herido á la cabeza de su compañía... Ah! si yo hubiese tenido un marido como él!...

CARLOS. (Á Luis, que entra.) Ven, ven, querido Luis... estamos murmurando de tí.

ESCENA X.

LOS MISMOS, LUIS.

LUIS. De mí?

ENRIQ. Si... decíamos que es usted la perla de los maridos... despues de este cumplimiento, permítame usted que me retire.

LUIS. Justamente cuando yo entro?

ENRIQ. No tenia mas que dos minutos de tiempo, y se los ha apropiado Cárlos; él se los devolverá á usted.—Hé aqui en dos palabras el objeto de mi venida. Turno esta noche en el Real; á ustedes no les toca, y canta la Patti... Quiere usted ser de los míos? Elena me lo dirá dentro de un momento que volveré con mi Clotilde. Cárlos queda tambien invitado... estoy muy de prisa... hasta luego. No me acompañen ustedes. (váse.)

ESCENA XI.

LUIS, CÁRLOS.

LUIS. Es una loca.

CARLOS. Si no fuese mas que eso... pero es tambien mala.

LUIS. Bah!... es un poco maldiciente.

CARLOS. Decir mal y hacerlo es casi lo mismo. Créeme, Elena no deberia tener semejante amiga.

- LUIS. Para una mujer honrada, una amiga tan maldiciente como Enriqueta, vale por diez de las mejores; es un diploma de virtud.
- CARLOS. Elena no le necesita.
- LUIS. Sin duda... pero vamos á otra cosa. Te he dicho que tenia que hablarte: es para confiarte un secreto... prométeme no descubrirle siguiendo mi ejemplo, porque yo voy á confiártelo. Pero tú eres casi de la familia, y como socio mio, tienes derecho á saberlo.
- CARLOS. De qué se trata?
- LUIS. Voy á ausentarme.
- CARLOS. Tú? (Con un movimiento de alegría que reprime en seguida.)
- LUIS. Cualquiera diria que te alegras.
- CARLOS. Si... porque supongo que traes entre manos algun buen negocio.
- LUIS. No.
- CARLOS. Cómo... ¿no es un negocio?
- LUIS. Y eso te admira?
- CARLOS. Sin duda... Como los negocios son tu vida!... Y te marchas solo?
- LUIS. No.
- CARLOS. Pues con quién?
- LUIS. Con Elena.
- CARLOS. Y con Carolina?
- LUIS. Naturalmente. Y como alguien ha de vigilar en mi ausencia nuestros intereses comunes, he pensado en tí.
- CARLOS. Y has hecho... muy bien.
- LUIS. Cuando yo te decia que ibas á tener algo que hacer!
- CARLOS. Y será largo tu viaje?
- LUIS. Eso dependerá de Elena.
- CARLOS. Pero... qué causa!...
- LUIS. Elena está enferma.
- CARLOS. Desde cuándo?
- LUIS. Desde hace mucho tiempo.
- CARLOS. Tú me decias hace poco que su salud era excelente.
- LUIS. La costumbre.
- CARLOS. Es el médico quien le ha mandado viajar?

- LUIS. No: yo se lo he propuesto.
CARLOS. Y ella ha consentido?
LUIS. Con alegría.
CARLOS. Cuándo partís?
LUIS. Dentro de dos ó tres dias.
CARLOS. Y adónde vais?
LUIS. Derechitos, camino adelante... pero hacía el sol. . como las golondrinas.
CARLOS. Y como los enamorados.
LUIS. (Estrechádole las manos con efusion.) Como los enamorados, si... has dicho bien... no te tienta el ejemplo? eres rico, jóven todavía... porque apenas tienes treinta y dos años... la mejor edad para casarse... Cásate, amigo mio!
CARLOS. Para celebrar mis dias!
LUIS. Y para que seas feliz. (Entra Elena.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ELENA.

- LUIS. Á tiempo llegas, querida. Estaba diciendo á Cárlos que debe casarse para que no tenga nada que envidiarnos... Ya sé yo que no es fácil encontrar una mujer como tú... pero con que se te pareciese seria bastante... Él se resiste, sin embargo... hazle entrar en razon... yo no tengo tiempo... porque de aqui á nuestra marcha hay mucho que arreglar. Sabe ya que nos vamos... se lo he dicho yo mismo... para él no podemos tener secretos... Adios! (Váse.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, ELENA.

- CARLOS. Conque se marcha usted, señora?
ELENA. Si.

- CARLOS. Es usted la que ha concebido la idea de ese viaje?
- ELENA. No; ha sido Luis.
- CARLOS. Luis!... he suplicado á usted que no pronuncie delante de mí ese nombre.
- ELENA. Pues bien, mi marido.
- CARLOS. Su marido de usted! (con ira.)
- ELENA. Á la verdad que no sé como llamarle cuando hablo de él..
- CARLOS. Llámeme usted como quiera... No saldrá usted de Madrid.
- ELENA. Quién ha de impedírmelo?
- CARLOS. Yo!
- ELENA. Y con qué derecho!
- CARLOS. Usted lo sabe, señora!
- ELENA. Cárlos, estoy enferma... le aseguro á usted que padezco y que necesito respirar un aire puro... tenga usted lástima de mí!
- CARLOS. Pretexos y nada mas para huir de mi lado. No podria usted inventar alguno para quedarse?
- ELENA. No me ocurre ninguno.
- CARLOS. Será preciso sin embargo, porque se lo juro á usted, no partirá usted con él.
- ELENA. Quiere usted dar un escándalo que me deshonre?
- CARLOS. Y qué perderia yo en ello? Al contrario, separada de su marido de usted; rechazada por su familia, seria usted entonces mia, completamente mia.
- ELENA. Hé aqui á los hombres que nos juran amor, diciéndonos que nuestros maridos no saben amarnos... Y yo he podido creerle un solo instante!... Y yo he podido amarle un solo dia!
- CARLOS. No... usted no me ha amado nunca.
- ELENA. Entonces cómo explica usted que se lo haya sacrificado todo?
- CARLOS. Un momento de exaltacion rápido como el relámpago... y nada mas. No, no es mi amor el que ha triunfado de tu indiferencia... es mi abnegacion. Yo habia empleado todos los medios sin lograr hacerte partícipe

de esta ardiente pasión que me devoraba; que me devora hoy mas que nunca; que nada basta á calmar... Solo la exaltación de la gratitud causada por un gran servicio hecho á tu marido, pudo encender tu corazón. El día en que supe que Luis iba á suspender sus pagos...

ELENA. Se dijo usted sin duda...

CARLOS. No, nada me dije, nada calculé. Corrí á buscar á mi agente de Bolsa, y sin vacilar, sin reflexionar, sin escuchar nada de lo que me dijo para disuadirme, le dí la órden de vender á cualquier precio todas mis rentas.

ELENA. Y lo que salvó al marido perdió á la mujer!... Oh! un día se me apareció usted como el ideal de los mas nobles sentimientos... Pero acaba usted de arrojar la máscara que le cubria y de confesármelo todo... no es á su amigo de usted á quien queria salvar!... era á mí á quien queria perder!... Me compró usted á peso de oro!...

CARLOS. Te adoraba, Elena mia!... te amaba mas que á mi vida! El amor todo lo purifica!...

ELENA. Cómo es entonces que el amor de usted ha manchado mi alma? Ah! merezco mi castigo!... merezco todo lo que me hace usted sufrir!...

CARLOS. Y crees que yo no sufro? Por la noche cuando al salir del teatro ó de la tertulia, dejas mi brazo para tomar el *suyo*... cuando subes con *él* al carruaje... y veo partir á los caballos para conducirte á tu casa... á la *suya*... Oh! aquel momento no sé lo que por mí pasa... no sé adónde dirigirme. Mi aposento me es odioso... no encuentro en él mas que la soledad y el vacío. Entro en el Casino por no encerrarme en mí mismo, y no me acerco á una mesa de juego sin ganar todas las partidas. Estoy avergonzado de las sumas que me llevo como si las robase... todo cuanto toco se convierte en oro bajo mis dedos... Tengo una suerte insensata, y sin embargo, soy el mas desgraciado de los hombres!

ELENA. De quién es la culpa?

:

CARLOS. Y si no fuera mas que eso... ¿Pero hay tormento mas cruel que el de ver á cada instante á una hija á quien se adora, á quien se idolatra, robarle á uno el nombre que le pertenece para dárselo á otro, y ver que ese otro es preferido por ella sin que la naturaleza proteste! Hay para un hombre de honor y de corazon un sentimiento mas penoso, mas amargo, mas humillante que el de ser desleal? Yo desleal!—Si, siento que lo soy siempre que entro en esta casa; que encuentro en ella á Luis; que me veo obligado á estrecharle la mano, á tutearle, á fingirle una cordialidad que es una mentira y de que me avergüenzo... Qué mas? esta vergüenza tengo que ocultarla... y la herida que me causa, lejos de disminuirse y cicatrizarse, no hace mas que crecer y hacerse cada día mas honda, mas dolorosa... En vano trato de engañarme á mí mismo diciéndome que el amor es involuntario y que se legitima por su propio exceso, y que nada hay mas frecuente que el ver á un hombre enamorado de una mujer que no es la suya... No puedo, no puedo acallar los escrúpulos que me asedian y envenenan mi vida!... Maldita pasion es esta que se ha apoderado de mí!

ELENA. Ha debido usted combatirla.

CARLOS. Usted sabe que durante dos años no he hecho otra cosa, y que sin embargo no he logrado vencerla. Yo me habia alejado, habia huido de usted... y esa pasion me ha traído de nuevo con la venda en los ojos, no dejándome ya ver nada... ni amistad, ni honor, ni decoro... ¿Y usted cree que he soportado yo todo esto durante ocho años... que durante ocho años he vivido despreciado de mí mismo, para que un día, por librarse de lo que su orgullo de usted llama mi tirania, me diga usted:—«parto con mi marido,»—y que yo la deje partir? Oh! no lo espere usted, señora!... no lo espere usted!...

ELENA. Y qué hará usted, caballero, para impedirlo?

CARLOS. Todo lo que sea preciso... todo... Si lo advierto á us-

ted de antemano... no retrocederé por nada ni por nadie!

ELENA. Pues bien; yo tampoco... Harto tiempo he cedido al terror que usted me inspiraba, y que por fin desafío con la frente erguida... Estoy cansada de mentir!... Yo era digna, leal, altiva... y usted me ha condenado á la hipocresia, á la degradacion y á la impostura. ¿Sabe usted lo que ha conseguido con sus amenazas, con sus arrebatos, con sus injurias, con sus sospechas, con su desconfianza y sus celos? Me ha hecho usted insensible... me ha dado usted lugar de reflexionar y comparar... mi familia me unió á un hombre á quien yo no profesaba mas que afecto... y este afecto... se ha trocado en amor exaltado por el remordimiento... Habla usted de tormentos, de humillaciones, de vergüenzas!... Son las de usted comparables á las mias?... Qué vida me ha dado usted, y cuántas veces he deseado morir para librarme de ella!... Hace ocho años no pasa un día sin una escena como esta... usted me deshonra en mi marido, en mi hija, en mis recuerdos, en mis oraciones... Ya no me pertenezco á mí misma, y el amor, amor de esposa, amor de amante, amor de madre, no es en mí mas que ignominia, sacrilegio, mentira! ¿Y quiere usted que le ame todavia!... Oh! le aborrezco á usted; le detesto!

CARLOS. Ah!

ELENA. Haga usted lo que guste; amenace usted, deshonre, mate si es preciso... Gracias á Dios me queda todavia un bien que usted no puede arrebatarme... la muerte!

CARLOS. (Arrasados los ojos en lágrimas y cayendo de rodillas ante ella.) Elena!... Elena!... perdóname! yo te amo... y ese es mi crimen! Yo te amo mas que á todo en el mundo... Pero no sé amarte... te hago sufrir mucho... tienes razon... Sufro yo tambien tanto!... Perdóname, ya no me quejaré mas... me resignaré á todo. Si, ese hombre vale mas que yo, y eso es lo que me desespera... Pero no le ames... yo te lo suplico. Tú no sabes hasta donde pueden llegar los arrebatos de un amor avivado por

las humillaciones de no sentirse correspondido! Dime una vez sola que me has amado... que me amas... que me amarás todavía... dame una prueba de cariño... no te vayas... y yo seré dulce como Luis; confiado como Luis; bueno como Luis!... Nada tendrás que temer de mí... yo permaneceré oculto y callado... no daré ningun escándalo. Mírame, Elena... estoy llorando y de rodillas delante de tí... No partas todavía mañana... mas adelante... dentro de un mes... dentro de ocho dias... tú no puedes negarme esta gracia.

ELENA. Levante usted.

CARLOS. Prométeme no partir.

ELENA. Pues bien, si... no partiré...

CARLOS. Qué harás para eso?

ELENA. No lo sé... ya discurriré... ya inventaré algun medio. Pero en nombre del cielo retírese usted.

CARLOS. Dime que me amas.

ELENA. Si, si; déjeme usted ya!

CARLOS. Gracias, Elena!... gracias!

ESCENA XIV.

ELENA, sola.

Ah! Dios mio!... qué suplicio!... qué suplicio!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, ENRIQUETA.

- ENRIQ. Oh! mi querida Elena! Buenos dias!... Encantadora, encantadora siempre! Cómo está usted?... de salud se entiende; de lo demas no hay que preguntar... Hija, es la segunda vez hoy... y sin lograr abrazarla. Oh! pero no es queja, no: cuando se tienen ocupaciones tan graves como las que le absorben á usted... Conque un baile, eh? un baile para los niños?
- ELENA. Si, se pensó antes de ayer. Fué una idea...
- ENRIQ. Del señor don Carlos... si; si él mismo me lo ha dicho.
- ELENA. Ya!...
- ENRIQ. Ha hecho mal?
- ELENA. No por cierto.—Y dónde está Clotilde?
- ENRIQ. Mi hija? Carolina la ha tomado ya por su cuenta y no la suelta tan fácilmente: en cuanto entramos la cogió del brazo para enseñarla sus juguetes... ya se ve, simpatizan tanto!... Como sus madres, como nosotras, que nos queremos!!! porque yo la quiero á usted como un enamorado!... Mi buena Elena! Pues ahí estan, en el

salon; ya se han reunido lo menos catorce bailarines en miniatura.

ELENA. Tantos hay ya? (Distraida.)

ENRIQ. Con nosotras han entrado siete ú ocho. Pero es gracioso que tenga yo que dar á usted noticias de lo que ocurre en su casa!

ELENA. Si; me he distraido un momento... Pero voy á recibir á mis convidados.

ENRIQ. Permítame usted, querida; permítame usted un instante: su marido está allí haciendo los honores de la casa á las mil maravillas; por lo tanto su presencia de usted no es indispensable. Déjeme usted que admire su traje. Tan elegante, tan delicado como siempre! Qué buen gusto! La sigue vistiendo á usted Honorina? Es la reina del *comme il faut*.

ELENA. Sí.

ENRIQ. Oh! yo me he convencido, y al cabo veo que volveré á su casa. Á mi ahora me viste Stokley, de Paris. No, y no viste mal! Conoce usted á Stokley? Un sastre inglés que se ha dedicado al bello sexo convirtiéndose en modista. Tiene buen gusto... pero al cabo es un hombre, y esto siempre incomoda un poco... porque ya ve usted!... pero por lo demas es fastuoso y aéreo en sus confecciones. Pues y los precios?... Hija, fastuoso; cuando digo que fastuoso!... jamás se entretiene en detallar las cuentas, para qué? Total tanto. Esto es mas sencillo y mas...

ELENA. Fastuoso!

ENRIQ. Ya lo creo. Va usted á su casa en Paris, ó le escribe desde aqui, porque viste hasta por telégrafo,—«un vestido de baile rosa,»—no necesita saber mas; mil quinientos francos, ó sean seis mil reales.—Un vestido blanco, mil ochocientos francos.—Antes de ayer me envió el figurin de un vestido gris, y la muestra del género... Ay!... que traje; hija! qué tela!... me lo hubiese comido! y ocho mil reales nada mas! le he contestado que es un torpe, que se acuerda de ofrecerme ese

vestido cuando he acabado el luto... Si hubiese sido hace un mes!...

ELENA. Bien; pero por qué no se queda usted con él? Le servirá para otro luto: nie tardará usted mucho...

ENRIQ. Ay, hija, Dios la oiga á usted! Tengo una tia por quien me gastaria con placer los ocho mil reales! Me dejará ocho mil duros de renta, ya ve usted! No, y no crea usted que los deseo por mí; no soy ambiciosa... y ademas las viudas tenemos tan pocas necesidades... á mí con nada me basta... pero tengo una hija que dentro de diez ó doce años se casará... y ya conoce usted que si no es una previsora...

ELENA. Ah!... ya piensa usted?...

ENRIQ. Por fuerza, hija, por fuerza. Usted, como tiene á su marido, se rie de mis ideas .. Ay! no se ria usted, Elena, no se ria usted! si supiese lo que es un marido!... ó por mejor decir, si supiera la falta que nos hace cuando ya no le poseemos!... Mientras se tiene cree una que aquello ha de durar toda la vida, y cuando viene el golpe terrible, cuando el marido desaparece... qué situacion!... qué existencia tan comprometida y tan fastidiosa la que nos aguarda? Adios placeres, adios diversiones! porque qué diversion es posible sin el marido, si él es la principal? Y luego el mundo!... Uf! hace de todas nuestras acciones su comidilla favorita. Ya se ve, como desaparece el escudo que antes nos defendia, no podemos dar un paso de aqui allí sin exponernos á ser criticadas, devoradas por nuestras mas tiernas amigas, mientras que por el contrario, con su marido al lado... digo, y un marido como el de usted, que es el fenix de todos ellos! Cómo la trata á usted, Elena mia! Eso si, usted se lo merece todo!... Pero con qué mimo, con qué esplendidez!... y luego, tan confiado, tan tranquilo... asi es que usted es libre, dueña de sus acciones, sin que á él le importe nada de la opinion del mundo... ni de lo que por ahí puedan decir... nada, tan sosegado.

- ELENA. Él! Y por qué no ha de estarlo? Acaso... se habla...
- ENRIQ. De él? no, nada; tranquilícese usted, hermosa: de él no se dice una palabra.
- ELENA. Es decir, que de algun otro...
- ENRIQ. Pichs!
- ELENA. Qué dicen? acabe usted.
- ENRIQ. No; no aseguro...
- ELENA. (Con mas fuerza.) Acabe usted!
- ENRIQ. Pues bien... hija, ¿quién puede impedir la murmuración! Hay gentes tan malas!... ya se ve, como no todas hacen lo que yo, que en la vida me ocupo de nadie... pero por ahí, no hay mujer de quien no se murmure; de la elegante como de la vulgar; de la jóven como de la que no lo es; no hay mas que las feas que desearían que se hablase de ellas sin que nadie quiera hacerlas esa obra de caridad.
- ELENA. Lo cual quiere decir que se habla de mí. Y qué dicen?
- ENRIQ. Asi... vaguedades... Oh! lo que es de positivo, nada. Ni yo delante de mí permitiria!...
- ELENA. Prosiga usted.
- ENRIQ. Pues bien, Elena, con franqueza. Piensa usted que las gentes han de cerrar los ojos, y no ver que si va usted al teatro Real hay una persona que la acompaña; que la da á usted el brazo para bajar la escalera; que si pasea en la Castellana, esa misma persona va siempre tambien á su lado á caballo, si es que no ocupa un asiento en su carruaje de ustedes; que si una noche les da la humorada de ir al Circo ó á Variedades á ver una comedia, no falta en el fondo de su palco la sombra de ese mismo señor, que es su sombra de ustedes, y que se llama don Cárlos...
- ELENA. Cárlos!...
- ENRIQ. Querida mia, si se turba usted, no digo una palabra mas.
- ELENA. Yo no me turbo...
- ENRIQ. Enhorabuena; pero procure usted dominar esos movimientos que se parecen muchos á los producidos por la emocion.

- ELENA. No me conmueve lo que usted me dice; me indigna la maledicencia del mundo.
- ENRIQ. Ah! si es horrible!... cuando digo que es horrible!... Pero siguiendo mi cuento, y ya que nos hemos propuesto hablar con franqueza, ¿no le parece á usted que el señor don Cárlos está siem pre demasiado cerca; demasiado unido á ustedes?
- ELENA. Es el sócio de mi marido.
- ENRIQ. Precisamente eso es lo que dicen.
- ELENA. Señora!
- ENRIQ. Cuidado, que no soy yo quien habla. *Relata réfero:* y creo que me hará usted la justicia de creer que no doy crédito alguno á esas hablillas.
- ELENA. Hace usted bien, y se lo agradezco.
- ENRIQ. Por qué, hija, por qué? Hoy por tí y mañana por mí... entre amigas de corazon... porque ¿quién está libre de tanta lengua viperina como hay en el mundo? Pero, en fin, el hecho es que las apariencias son terribles, acusadoras!...—Por qué no casan ustedes al tal don Cárlos? Ese seria un golpe maestro.
- ELENA. Nosotros no tenemos derecho alguno sobre él!
- ENRIQ. Es lástima, porque no faltaria... Digo! hay tanta niña coqueta por ahí dispuesta á no despreciar una figura elegante y un buen capital... Eso lo arreglaba todo... ahora que es tiempo todavia...
- ELENA. Tiempo todavia?... Pues qué?...
- ENRIQ. Es claro: dentro de poco, tal vez será ya tarde.
- ELENA. Enriqueta, ¿quiere usted acabar de martirizarme? qué hay? Hable usted; dígamelo usted todo.
- ENRIQ. Pues bien, mi querida amiga, usted tenia una doncella llamada Juana, si no me equivoco.
- ELENA. Y bien?
- ENRIQ. Una ingrata... como todas, hija, como todas, con quien á fuerza de ser buena se ha visto usted obligada á ser severa y plantarla en la calle hace ocho dias.
- ELENA. Se habia vuelto insufrible.
- ENRIQ. Pues, querida, ahí está el mal. Ha debido usted con-

tinuar sufriendola. Á veces vale mas hacer la vista gorda que malquistarse con quien nos puede causar un gran mal.

ELENA. Pues qué ha hecho?

ENRIQ. Ha hablado.

ELENA. Hablado!... de mí? no comprendo!...

ENRIQ. Hé aqui el caso: una vez fuera de esta casa se presentó en la de Hortensia Ramirez, nuestra mas cordial amiga, no lo ignora usted, solicitando colocacion. La Ramirez acaba de despedir este año su sesta doncella, y estamos en noviembre; para fin de año llevará doce... Pues ya la conoce usted bien, y á su marido, que es tan parlanchin y tan murmurador ó mas que ella. Sabe usted cómo le llaman en el Casino? El maestro de escuela.— Pues bien, Hortensia recibió á Juana; desde el dia siguiente empezó á sonsacarla... y naturalmente, la muchacha ha hablado.

ELENA. De mí? Nada tenia que decir esa infame.

ENRIQ. Y sin embargo ha dicho mucho. Todo pura invencion por supuesto; pero desgraciadamente con unos detalles tan precisos, tan exactos, que dan una gran apariencia de verdad á sus relatos.

ELENA. Y ¡Hortensia ha podido creer!...

ENRIQ. Cá! no: al contrario: se ha puesto furiosa despidiendo en el acto á la miserable criatura que tan horriblemente calumniaba á su antigua ama, diciéndola que si la conservaba en su casa haria con ella lo mismo dentro de un mes. La chica, desecha en lágrimas, juraba y perjuraba que lo que habia dicho era verdad, y que podria dar pruebas.

ELENA. Dar pruebas!

ENRIQ. Oh! ya sé yo que no las tiene, y eso he respondido en seguida!...—Pero la Ramirez está inconsolable por usted, é indignada con ella, y no cesa de contar la historia á todo el que la quiera oír...—El marido por su lado la comenta y adorna, relatándola en los cafés y en la Bolsa, y francamente, queriendo disculpar á usted,

anda su nombre y esa indigna historia de boca en boca desde hace seis días...—Pero qué es eso, amiga mía? Se siente usted mal?... Pobre Elena! Está usted pálida!...—Vamos á ver, querida; no la pido su confianza, pero voy á permitirme darla un consejo.—Pare usted el golpe conque el escándalo la amenaza. Haga usted que don Carlos se aleje de aqui; si no quiere casarse, á lo menos sepárele usted de su lado, y prepare usted á su marido á fin de que pueda resistir el choque... En fin, cubra usted las apariencias. Ay, querida! no hay ningun hombre que valga la mitad de los sinsabores que nos cuestan!... y somos tan necias, que aun nos comprometemos por ellos!... Oh! el que logre ponerme á mí en una situacion crítica, ya habrá de tener conchas.

ELENA. Y qué importa?... yo acepto la lucha con el mundo! yo probaré...

ENRIQ. No, hija, no: no luche usted y créame. Vale mas vivir en paz con la maledicencia, que en guerra con la calumnia.—Pero charlando nos hemos olvidado de nuestro baile, y hé aquí que viene á buscarnos...

ESCENA II.

DICHAS, varias parejas de niños que entran bailando galop, y salen por otra puerta.—CAROLINA viene entre ellas, y desprendiéndose de su pareja se acerca á Elena y le da un beso.

CAROL. (Toma esta carta, mamá.) (Dándosela.)

ELENA. (Quién te la ha dado?)

CAROL. (Mi padrino, que ha entrado muy de prisa en la sala y me ha dicho:—«Lleva esta carta á tu mamá en seguida: es una sorpresa.»)

ELENA. Gracias, hija mía. Ve, ve á bailar. (Carolina se reúne á su compañera y salen todos.)

ESCENA III.

ELENA, ENRIQUETA.

- ENRIQ. (Á Elena, que ha ocultado la carta.) Lea usted su carta, querida amiga, lea usted su carta.
- ELENA. Usted... me permite?... (Turbada.)
- ENRIQ. Pues ya lo creo. (Elena abre la carta, lee, y parece muy turbada.) Qué es eso?
- ELENA. Nada.
- ENRIQ. Está usted trémula!
- ELENA. Si, en efecto.
- ENRIQ. Alguna mala noticia...
- ELENA. No; mala no... una noticia que me disgusta... que me contraria en extremo...
- ENRIQ. Puedo servir de algo? Disponga usted de mí.
- ELENA. No: gracias; pero debo contestar.
- ENRIQ. Pues la dejo á usted en libertad. Voy á ver bailar á los niños. Hasta luego, verdad?
- ELENA. Si; hasta luego.
- ENRIQ. Adios. (Váse, despidiéndose de ella con gesto cariñoso.)

ESCENA IV.

ELENA, sola. Cae desvanecida en un sillón.

Qué va á ser de mí! (Lee.) «La infame Juana ha cumplido su palabra. En el momento en que te escribo, nuestro secreto corre de boca en boca. Muy pronto tu marido no ignorará nada; tal vez lo sabe ya. No hay un instante que perder, Elena mia. Es preciso huir.—La fatalidad, que yo bendigo, te une á mí mas estrechamente que lo que yo podia esperar nunca. Está á las ocho en punto en la estacion del camino de hierro del Norte con nuestra hija. No te ocupes de nada; yo lo he previsto todo. Elena! vivir juntos... los

«tres! Dios mio, qué felicidad!...» (Pausa.) Qué vergüenza! Ahora como siempre el egoista no piensa mas que en la felicidad que se promete, sin acordarse de las lágrimas que costaria!—Amor!... egoismo del corazon, maldito seas!...—Qué hacer, Dios mio! si este fuera un lazo para obligarme á huir con él... no: esa mujer no me ha dejado duda alguna. Estoy perdida!... la despiadada con qué arte me torturaba el alma!... Quién me socorrerá, Dios mio? á quién me confiaré? á mi madre!... mi honrada y santa madre!... qué consejo me ha de dar? á mi padre?... Oh! se moriria de vergüenza, despues de maldecirme!... Es decir que no me queda mas recurso que la fuga? la fuga, que es mi deshonna, la de mi hija, la del que me ha confiado su nombre!... Una mujer que huye de su marido para seguir á su amante! su amante!... Por ventura yo amo al que me ha conducido á tan horrible situacion? Oh! si á lo menos le amase, no tendria mas que escoger un ignorado rincon del mundo para vivir dichosa con su amor, como tantas otras que envuelven su vergüenza con el sudario de su felicidad!... Pero si no le amo!... huir... seguirle! jamás! prefiero morir!... Ah! desgraciada! aun este recurso es imposible! matarme seria el medio mas seguro de atraer el escándalo y la deshonna sobre mi marido, sobre mi hija, sobre mi madre, sobre mi familia toda!... No: mi muerte no me pertenece, como no me pertenece mi vida!... Por cualquier camino que tome tropezaré con el deshonor, sin hallar el medio de escapar, ni con la muerte, ni con la fuga, ni con la separacion, ni con la mentira!... Ah! Dios mio, qué desgraciada soy!... No; perdóname, Señor; soy una culpable, soy una infame!

ESCENA V,

ELENA, LUIS. Se oye la orquesta del baile de niños.

LUIS. Aquí tan sola, Elena? Cómo no estás presidiendo la fiesta de esos alegres niños? por fortuna tu hija suple la falta á las mil maravillas; allí está haciendo los honores del baile con una gravedad que es cosa de morir de risa!... pero... qué tienes? Ah! Ahora recuerdo que Enriqueta me ha dicho en cuanto entré que habías recibido una carta que te habia alarmado... Qué ha sido?

ELENA. Luis?... (Mirando á su marido con ojos extraviados como si no pudiera resistir á la idea que la acosa.)

LUIS. Qué tienes? tu semblante me asusta... por qué me miras así?... Tu madre está enferma? ha muerto tal vez? qué carta es esa que has recibido? dónde está?

ELENA. La carta es esta... (Profundamente conmovida.) Léela.

LUIS. La letra de Carlos? (Tomando la carta y mirándola.) Qué significa esto? (Pausa. Lee alterado.) Es á tí á quien se dirige esta carta?

ELENA. Sí.

LUIS. Pero... sepamos... (Estupefacto.) No comprendo... Carlos... Esta carta dice la verdad?...

ELENA. Sí. (Abatida y balbuciente.)

LUIS. No; no es cierto; (Llevándose la mano á la frente como para detener sus ideas.) no puede ser cierto. Miserable! (Volviéndose y viendo á Elena, levanta el brazo con terrible animación.) Ah! mi cabeza estalla!... mi razon se extravía!... (En el momento de dejar caer el brazo se detiene: mira á todos lados con extravío: luego añade.) Carlos... tú... Adios!

ELENA. Luis!... (Cayendo de rodillas.)

LUIS. La verdad!... (Volviendo con la carta en la mano.) esta carta dice la verdad, y es usted misma quien se atreve á dármela!... Ha querido usted matarme para ser libre!...

ELENA. Luis! (Anegada en llanto.)

LUIS. Ni por caridad ha querido usted esperar á que yo recelase algo; á que una sospecha viniera á prepararme para tan horrible golpe!... No ha querido usted dejarme ni aun mis ilusiones, ya que no me quedaba otra cosa. Pero usted no tenía tiempo que perder... él la esperaba á usted, la está esperando!... Hable usted; (Haciéndola levantar.) justifíquese usted; que yo oiga su voz para que me persuada de que esto no es un sueño espantoso!...—Y si es la verdad, qué hace usted ahí? Es usted libre; salga usted, huya usted con él... Hubiera sido mas generoso partir sin decirme nada.—Y yo que nada he sospechado, que nada he visto!... Despues de todo, lo que sucede no tiene nada de extraño... Él me habia hecho un gran servicio... me habia prestado dinero... y se lleva á mi mujer en cambio... es muy natural!... Pero... y usted por qué me ha entregado esa carta?

ELENA. Porque yo esperaba que usted me mataria, ya que no tengo valor para matarme yo misma.

LUIS. Morir?... por qué?

ELENA. Porque soy la mas desgraciada de las mujeres.

LUIS. Desgraciada! Y en qué? Es usted amada, usted ama...

ELENA. Yo no le amo.

LUIS. Que no le ama?...—Entonces que mujer es usted?

ELENA. Yo no he amado á nadie mas que á usted; usted no me creerá, y sin embargo eso solo tengo que decir, y lo repito, no porque usted lo crea, sino porque es la mas pura verdad. Hé ahí por qué le he hecho á usted esta confesion. Ahora disponga usted de mí: cualquiera que sea su resolucion me someto de antemano á ella con tal de que acabe el martirio que sufro y que es mi castigo!... castigo mas terrible mil veces que todos los que pueda usted inventar. Disponga usted; ¿quiere usted que muera para que usted quede libre, y pueda buscar quien guarde su digno nombre y su noble cariño mejor que lo ha hecho esta desdichada?... Yo le suministraré las pruebas de mi falta para que quede usted á cubierto por mi muerte... Júzgueme usted y máteme como tiene dere-

cho á hacerlo; yo bendeciré esa honrada mano que castigará mi crimen! (Pausa.)

LUIS. ¿Y desde cuándo ha caído usted en tan miserable estado?...

ELENA. Desde el día en que creí que ese hombre salvaba su honra de usted y su vida.

LUIS. Hace ocho años!... (Vuelve á leer la carta, y dice:) Nuestra hija!... Ah!! (Pausa.) Levántese usted, señora. Desde este instante es usted libre: tome usted su hija y váyanse.

ELENA. Luis...

LUIS. Yo no la conozco á usted, señora.

ELENA. Adios! (Dando un paso hácia la puerta.)

LUIS. Solo la prohibo á usted atentar á su vida.

ELENA. Por qué?

LUIS. Bastantes crímenes se han cometido ya, y esa pobre niña tiene necesidad de usted. Su padre podría morir muy pronto tal vez...

ELENA. Luis... vas á batirte? (Volviendo.)

LUIS. Por qué lo pregunta usted?

ELENA. En nombre del cielo, no expongas tu vida!...

LUIS. Mi vida!... hoy la es á usted cara, una vida que durante siete años no ha dudado usted en escarnecer á todas horas! ¿Qué me importa una existencia que usted me ha hecho aborrecible! Usted, que mentia amor; que jugaba con mi ternura y mi confianza mientras burlaba la fé prometida... Y yo no te he ahogado en mis brazos, miserable, cuando tan inícuamente me engañabas!

ELENA. Luis!...

LUIS. Pruebe usted, pruebe usted á disculpar su falta si se atreve!... El hambre y la miseria pueden ser excusa de tanta infeliz mujer como el mundo vilipendia, pero ¿cuál es la disculpa de usted!

ELENA. No, yo no la tengo; porque ¿cómo tomar por justa disculpa la fascinacion que un rasgo de generosidad sublime pudiera ejercer en mí, auxiliado por las miradas ardientes, las palabras fascinadoras de un hombre apasionado, repetidas sin cesar á mis oidos? ¿Cómo justifica

con tan débiles razones un momento de extravio, del que yo misma no me he podido aun dar cuenta, y que sin embargo me hizo creer por un momento que participaba de una pasión que en realidad no he experimentado jamás, hácia la cual he sentido desde aquel instante un horror inverfible, y contra la cual lucho hace ocho años, que han sido ocho siglos de crueles tormentos?

LUIS. ¿Es decir entonces que ha sido usted el precio que el infame puso á sus beneficios?

ELENA. No: si yo hubiese sido el precio, si hubiese tenido la audacia de proponerme tan inícuo trato, le hubiese rechazado con indignacion; entre la desgracia de nuestra ruina y la vergüenza de una mujer que se vende, no hubiera vacilado un instante.

LUIS. Entonces, cómo me explica usted?...

ELENA. Lo sé yo acaso?

LUIS. Búsqueme usted una razon, una sola que me induzca, no á disculparla á usted, eso es imposible, pero á compadecerla siquiera.

ELENA. No la tengo... no la quiero tener; no soy digna de su compasion de usted. Solo le juro á usted que no le he mentado nunca al decirle que le amaba... que le amo á usted!...

LUIS. Basta, señora, basta. Esta comedia es inútil. Entre usted en su habitacion y espere mis órdenes.

ELENA. Qué dispone usted de mí?

LUIS. Lo sé yo acaso? Vaya usted, y procure ocultar sus lágrimas delante de los criados.

ESCENA VI.

DICHOS, CAROLINA.

CAROL. Ay, mamá! cuánto me he divertido!

ELENA. Carolina, vete; vete de aqui!

CAROL. Por qué? yo no he sido mala; no lo so y nunca, verdad, papá?

LUIS. Llévase usted esa niña. (Á Elena.)

:

- CAROL. Qué tienes, papá? por qué no me das un beso como siempre?
- LUIS. Lévese usted esa niña! (Con mas fuerza.)
- CAROL. Papá, papaito mio! (Llorosa.)
- LUIS. Oh! Llévela usted de aqui! (Cogiéndola del brazo y empujándola hácia su madre.)
- CAROL. (Llorando y cogiéndose el brazo como si la doliera.) Papá me ha hecho mal el dia de mi santo, y cuando yo queria abrazarle!... (Elena la toma de la mano y se dirige con ella á la puerta izquierda, Luis detiene á la niña. Elena se va.)
- LUIS. Carolina... quédate.

ESCENA VII.

CAROLINA, LUIS.

- LUIS. Carolina... ven... Quiero que me perdones, Carolina.
- CAROL. Que yo te perdone, papá mio? (Abrazándole.)
- LUIS. (Que la ha puesto de pié en el sofá y se ha arrodillndo delante.) Si; por hoy, y por si alguna otra vez te he hecho mal... si te he castigado..... perdóname; no he debido haberlo.
- CAROL. Tú no me has hecho nunca mal, papaito.
- LUIS. No me llames asi.
- CAROL. Que no te llame papá?
- LUIS. No.
- CAROL. Pues cómo te he de llamar?
- LUIS. Llámame... tu amigo... (No puede mas; el llanto le ahoga, y apoya la cabeza en Carolina, que se ha sentado en el sofá.) Ah! qué desgraciado soy!
- CAROL. Qué tienes, papá! Lloras? vamos, no llores, papá! (Asustada: le enjuga las lágrimas con su pañuelo.) Los hombres no lloran nunca; eso es bueno para los niños.
- LUIS. Tienes razon. (Levantando la cabeza.) Vete á jugar. (Se levanta y llama. Sale un criado.) Vaya usted á casa del señor don Carlos, y dígame que le espero.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA sola. Entra con varias cartas ya cerradas en la mano.

Van á verse!... van á insultarse!... El resultado de esta explicacion será un duelo terrible... Cómo impedirlo?... Presa de contrarios afectos; combatido á un tiempo por su funesto amor y su antigua amistad; por el ardor de sus celos y el respeto á mi marido, Cárlos cederá quizás á un sentimiento de verdadero honor, y declinará el reto... Pero Luis le provocará, le obligará por fin á batirse, y entonces... Qué horror!... Ya me parece verlos el uno frente al otro, apoyando cada cual la boca de su pistola ó la punta de su florete en el pecho del contrario... Oh! me faltan las fuerzas; mi espíritu desfallece!... Iré yo ahora á desmayarme!... Ea!... valor! no se batirán... (Vacila y se apoya.) no pueden batirse... dos amigos de la infancia... seria una cosa horrible... Si... es preciso impedir á la vez el duelo y el escándalo, y lo impediré!... pero cómo?... Ah! otra vez mi cabeza se pierde... mis ojos se turban... mi corazon cesa

de latir... (Momento de abatimiento. Elena se sienta, se levanta despues, vuelve á sentarse, se levanta de nuevo y llama.)

ESCENA II.

ELENA, UN CRIADO.

ELENA. Lleve usted esas cartas á su destino.

CRIADO. Hay que esperar contestacion?

ELENA. No... (El Criado hace ademán de marcharse.) Ah! si viene alguien, diga usted que no estoy para nadie... Entiende usted? para nadie.

CRIADO. Y si don Cárlos preguntase por la señora?

ELENA. Le dirá usted que estoy indispuesta. (Váase.)

ESCENA III.

El CRIADO solo.

Tres cartas que llevar en seguida!... Serán esquelas convidando á comer? (Lee los sobres.) Para la madre de la señora.—Á la señora de Cienfuegos.... su mejor amiga, y madrina de la señorita Carolina.—Á don Eduardo Tejada, notario... Ah!... maldita invencion la del lacre y los sobres engomados!... no se puede leer lo que hay dentro... Antes no habia mas que despegar bonita-mente la oblea, y... Pero escurrámonos: alguien viene! (Váase.)

ESCENA IV.

ENRIQUETA.

Nadie!... ni ella... (Consigno mismo.) ni él... ni él... ni ella!... No se los ha visto un momento en el baile... Á quién da uno en esta casa el adios de despedida cuando se marcha? Qué pasará?... Aquí debe haber misterio!... Aquella carta que delante de mí recibió Elena...

Es preciso que yo sepa lo que contenia... (Llama y entra un criado.) No está visible la señora?

CRIADO. Se ha sentido repentinamente indispuesta y se ha retirado á su habitacion, dando órden de no recibir á nadie.

ENRIQ. Y don Luis?

CRIADO. El señor estaba aqui hace un momento con la señorita Carolina: no debe haber salido, porque ha mandado á llamar con urgencia al señorito don Cárlos... Ah! aqui viene. (Váse.)

ESCENA V.

ENRIQUETA, LUIS.

ENRIQ. Ah! gracias á Dios! Dónde está mi querida Elena? De-seaba darla un beso antes de marchar.

LUIS. Dispénsela usted; una ocupacion imprevista la ha obligado á retirarse á su habitacion por unos momentos.

ENRIQ. Ah! vamos, ya caigo! Aquella carta?...

LUIS. Si... aquella carta...

ENRIQ. ¿Alguna mala noticia...

LUIS. En efecto.

ENRIQ. Que la interesa á ella exclusivamente?

LUIS. No; que me interesa á mí, y á usted tambien de rechazo, señora.

ENRIQ. Á mí?

LUIS. Á usted... por eso me he retirado á mi gabinete... tenia que entregar á usted algunos documentos antes de mi marcha, y necesitaba arreglarlos.

ENRIQ. Qué documentos?

LUIS. Usted es nuestra amiga, no es cierto?

ENRIQ. No debe usted dudarle.

LUIS. Pues bien, nosotros somos tambien amigos de usted, y no quisiéramos arrastrarla en la desgracia que ha venido á herirnos.

ENRIQ. Explíquese usted.

- LUIS. Si... debo á usted una explicacion; pero no es el amigo, sino el banquero quien se la da, reclamando de usted el mas profundo secreto por algunos dias á lo menos.
- ENRIQ. Eternamente si es preciso.
- LUIS. No exijo de usted tanto. Usted sabe, señora, el servicio que me prestó hace algunos años... mi amigo... Carlos?
- ENRIQ. Si.
- LUIS. Gracias á su ayuda pude restablecer mis negocios.
- ENRIQ. Lo sé.
- LUIS. Desde aquella época estoy al frente de una de las primeras casas de banca de Madrid... Soy el depositario de algunas grandes fortunas... y entre ellas se cuenta la de usted.
- ENRIQ. (Ya inquieta.) Ó al menos una parte de la mia... Y bien?
- LUIS. Que nuestra sociedad se ha disuelto y está en liquidacion.
- ENRIQ. Dios mio!
- LUIS. Los negocios iban bien... pero Carlos me ha pedido de pronto todos sus fondos...
- ENRIQ. Que ascienden?...
- LUIS. Á seis millones lo menos.
- ENRIQ. Y usted?...
- LUIS. Yo voy á devolvérselos... mas para eso necesito hacer grandes sacrificios... necesito vender mis fincas de Andalucía, mis cuadros, mi casa... En una palabra, estoy arruinado, porque no esperaba esta reclamacion.
- ENRIQ. No tenian ustedes escritura de sociedad?
- LUIS. Si.
- ENRIQ. No estaba en debida forma?
- LUIS. Si... habia escritura... y en debida forma... el caso habia sido previsto... cada uno de nosotros quedaba en libertad de retirarse de la sociedad cuando quisiera... Eramos amigos mas bien que asociados.
- ENRIQ. (Cada vez mas inquieta) Pero las personas que habian confiado á usted sus fondos...
- LUIS. Tranquilícese usted; no perderán un céntimo... La

cuenta de usted es la primera que he querido saldar... Aquí tiene usted un talon contra el Banco de España; con él puede usted recobrar la suma que usted depositó en mi caja.

ENRIQ. Toda la suma? (Respirando.) Ah! es usted un hombre honrado!

LUIS. Así lo he creído siempre, señora... pero no por eso agradezco á usted menos ese título.

ENRIQ. Y á qué atribuye usted esa brusca reclamacion de Cárlos?

LUIS. Á una necesidad urgente.

ENRIQ. Sin embargo... ha debido usar otras formas... dar á usted un plazo para realizar sus créditos...

LUIS. Él no se le tomó para entregarme su dinero. Es un hombre de impresiones y hay que respetar su carácter.

ENRIQ. No le guarda usted rencor?

LUIS. Yo soy incapaz de abrigar tan bajo sentimiento.

ENRIQ. Pero él sabe que causa la ruina de usted?

LUIS. Debe suponerlo.

ENRIQ. Y Elena, qué dice?

LUIS. Elena se resigna... Á ella es á quien Cárlos ha encargado de comunicarme su resolucion... Ese era el contenido de la carta que tanto la ha turbado.

ENRIQ. Ah!... Conque aquella carta?...

LUIS. Si.

ENRIQ. Ay, Dios mio! (Despues de haberse quedado un momento pensativa.) Señor don Luis...

LUIS. Señora!...

ENRIQ. Su mujer de usted es un ángel! Es preciso que usted me perdone y ella tambien.

LUIS. Por qué?

ENRIQ. Porque... porque yo la he calumniado horribilmente, con el pensamiento por supuesto.

LUIS. Señora!...

ENRIQ. Ah! perdóneme usted, amigo mio. Quién está libre de un mal pensamiento? Es muy mal hecho, ya lo sé, el dar crédito á suposiciones... pero mi franqueza le pro-

bará á usted cuánto deploro mi aturdimiento, que estoy dispuesta á reparar á cualquier precio.

LUIS. Pero... de qué me habla usted?

ENRIQ. De un rumor que todos nos hemos explicado mal, y cuya verdadera interpretacion encuentro yo ahora. Elena, lejos de ser culpable, ha tenido en su mano el impedir su ruina de usted, aunque á costa de su honor; pero su nobleza y virtud no la han permitido dudar un instante, y ha rechazado indignada el amor con que don Cárlos la persigue.

LUIS. Cómo?

ENRIQ. No lo he visto; pero como si lo viera. Estoy segurísima. Vaya! si conoceré yo á los hombres!...—Y ese miserable ha dado este paso solo por vengarse de su resistencia!... Uf!... venganza propia de un lacayo.

LUIS. No es creible semejante accion en un hombre bien nacido.

ENRIQ. Ay, amigo mio! Usted no conoce á sus cofrades! Es usted una brillante excepcion de su género. Pero créame usted; en lo que le digo no hay duda. Por otra parte, ese amor era ya conocido de todo el mundo; se hablaba ya mucho... es decir, se empezaba á hablar mucho de él... como que yo, siempre consecuente y leal amiga, he venido hoy expresamente á prevenirselo á Elena... Ya se ve, las buenas almas no podemos ver con tranquilidad ciertas cosas... Oh! pero ahora el negocio ha cambiado de aspecto. Verá usted como mañana se sabe toda la verdad en Madrid; no tengo mas que contárselo á mi amiga Hortensia, y como por telégrafo... entre ella y su marido... Cuánto me alegro por mi pobre Elena..

LUIS. Si, en efecto; ella es mi consuelo en esta triste situacion: nuestra posicion cambia de una manera bien desagradable, sobre todo para una mujer acostumbrada desde su infancia á las comodidades y al lujo; pero á pesar de todo está resignada; y ya continúe en su idea de compartir conmigo las privaciones, ya se de-

termine á volver con su familia como la he propuesto, nunca dejaré de agradecerla su tranquilidad y los consuelos que me ha prodigado.

ENRIQ. Pobrecita! pobrecita mia!... me la voy á comer á besos! Podria yo verla antes de partir?

LUIS. Sin duda. (Llama y sale un Criado.) Diga usted á la señora que si puede venir un momento.

ENRIQ. El tal don Carlitos!... Es un hipocriton de siete sue-
las! no se ha de ufanar mas con mi amistad!... ni le saludo cuando le vea... y voy á encargar á todas mis amigas que hagan lo mismo.

LUIS. Y por qué? él está en su derecho.

ENRIQ. En cuanto á usted, señor don Luis, cuente con mi amistad eterna... con mi aprecio... Dice usted que este talon es?...

LUIS. Á la vista, señora; se paga á su presentacion.

ENRIQ. Y aqui está capital y...

LUIS. Y los intereses tambien. Adjunta va la nota.

ENRIQ. No, no; si yo no lo decia por tanto... Pero precisamente tengo que pasar por la calle de Atocha... Hasta qué hora despachan en el Banco...

LUIS. Hasta las dos, señora.

ESCENA VI.

DICHOS, ELENA.

ENRIQ. (Yendo á ella y abrazándola.) Ah! mi desgraciada amiga!... No he querido marcharme sin verla, sin repetirla cuanto la quiero... y sin suplicarla que me perdone el mal rato que antes... Oh! pero todo era en bien de usted, porque mejor amiga que yo no la encontrará usted nunca! Ya, ya tendrá usted pruebas de ello, porque nos veremos amenudo: yo no soy de los que abandonan á sus amigos en el infortunio... Vaya!... no faltaba más!... (Mirando á hurtadillas su reló.) Conque hasta muy pronto.

CNIADO. El señor don Cárlos.

ENRIQ. Uf!! me voy por este otro lado; no quiero verle... (No tengo mas que un cuarto de hora para llegar al Banco.) Adios, adios, y duro en él!... Ah! si fuese yo, ya le arreglaria!... Adios! (Váase.)

ESCENA VII.

LUIS, CÁRLOS, ELENA.

ELENA. (Á Luis.) Qué debo hacer?

LUIS. Quédese usted.

CARLOS. Estoy á tus órdenes, Luis... Qué tenias que decirme?

LUIS. Dos hombres en la situacion en que nosotros nos encontramos, el uno respecto del otro, no pueden evitar el caer en el ridículo ó en el fango, sino de un modo, no ocultándose nada.

CARLOS. De qué situacion me hablas?

LUIS. He faltado yo alguna vez á los deberes de la amistad?

CARLOS. Nunca.

LUIS. Tú, sin embargo, has hecho traicion á ella cometiendo contra mí el crimen mas odioso... mas cobarde...

CARLOS. Luis!

LUIS. Hace ocho años que es usted el amante de mi mujer.

CARLOS. Caballero!

LUIS. Esta carta lo prueba. (Mostrándole la carta.)

CARLOS. Usted la ha interceptado?

LUIS. No... me la ha entregado esa señora.

CARLOS. Ella!

LUIS. Ella misma... y por su propio impulso.

CARLOS. Ha tenido esa audacia?

LUIS. Diga usted esa confianza.

CARLOS. Y por qué?

LUIS. Porque no le ama á usted; porque nunca le ha amado, y solo en un momento de debilidad ha podido ceder á las seducciones de usted... porque prefiere mi justicia... mi cólera quizá... á ese amor con que usted le

brinda. No es así, señora? (Elena hace un gesto afirmativo.)

CARLOS. Es verdad... mi lealtad me manda declarar aquí que esa señora no ha amado nunca más que á usted... Eso es precisamente lo que ha exaltado hasta el frenesí mi amor hácia ella.

LUIS. Qué me importa?... El hecho es que hace ocho años que estoy dando al mundo el espectáculo indigno de un marido ridículo por el exceso de su candidez, ó de un marido infame por la apariencia de su complicidad... Y sin embargo, qué cosa más sencilla? Usted era mi amigo de la infancia; el asociado de mi casa de banca: nuestros dos nombres unidos formaban la razón social, y constituían uno solo para el público: yo no había ocultado á nadie el servicio que usted me había hecho.

CARLOS. Olvídele usted.

LUIS. Me cuesta demasiado caro olvidarle.

CARLOS. En todo caso usted le ha compensado con exceso, puesto que ha duplicado mi fortuna.

LUIS. No por eso le estoy á usted menos obligado.

CARLOS. Yo le relevo á usted de esa obligación.

LUIS. Á mí me conviene continuar en ella.

CARLOS. Concluyamos pues. Qué quiere usted de mí?

LUIS. Va usted á saberlo, usted me hizo en otro tiempo un gran servicio... y creía tener una garantía de que no abusaría usted de él... usted me conocía!... Sabía usted que si era un marido confiado, nunca hubiera sido un marido complaciente. Qué se proponía usted pues arrastrando á esta señora al olvido de sus deberes?

CARLOS. No sé... El amor lo hace olvidar todo.

LUIS. El amor falso, pero no el amor verdadero: el amor verdadero vive de los sacrificios que se impone; el amor falso, de los que exige.

CARLOS. No tenemos el mismo modo de ver las cosas.

LUIS. Tanto peor para usted.—Hay excusas que jamás se rebaja á dar un hombre honrado.

CARLOS. Qué llama usted hombre honrado?

- LUIS.** Lo contrario de lo que es usted.
- CARLOS.** Eso es insultarme.
- LUIS.** Insultar á usted!... Podria hacer mas todavia... Esta carta que tengo en mis manos me da el derecho de matar á usted. Podria tenderle muerto á mis pies. (Carlos hace un movimiento de ira.)
- ELENA.** (Arrodillada.) Dios mio!... Dios mio!
- CARLOS.** Hágalo usted. (Con calma y en la actitud de resignacion.)
- LUIS.** Quiero pedir á usted antes un consejo.
- CARLOS.** Á mi?
- LUIS.** Á usted!... no era usted mi amigo? Diga usted, señor mio: si se trocasen por un momento nuestros papeles; si usted estuviese en mi lugar y yo en el suyo... ¿qué haria usted?
- CARLOS.** Hay situaciones en que un hombre no toma consejo mas que de sí mismo y de su dignidad.
- LUIS.** De modo que usted se niega á responderme?
- CARLOS.** No puedo hacerlo.
- LUIS.** Entonces me da usted el derecho de interpretar su silencio.
- CARLOS.** Interpretélo usted.
- LUIS.** En mi lugar, me hubiera usted ya tratado de miserable, de infame... quizá me hubiera usted abofeteado, á fin de hacer inevitable un duelo que hubiera puesto el sello al deshonor de un marido honrado; á la vergüenza de una mujer infeliz y á la desgracia de una pobre niña... Sea usted franco... ¿No es eso lo que hubiera usted hecho?
- CARLOS.** Es posible. (Elena escucha con terror.)
- LUIS.** Pues bien... eso es lo que yo no haré nunca. No tomaré cuatro testigos por confidentes de un secreto que no guardarian... no colocaré al marido y al amante el uno en frente del otro con una pistola ó una espada en la mano, para que la crónica de los periódicos divulgue al dia siguiente los pormenores, verdaderos ó falsos del duelo y de sus causas... No provocaré un lance de honor que haria de usted un héroe de novela si resultase

muerto ó herido, y que vendria á realizar todos sus votos si matase usted al marido.

CARLOS. Máteme usted pues á mí... y todo queda concluido.

LUIS. Todo!... Es verdad... y yo me convertiria en un asesino... y me veria envuelto en un proceso infamante... y terminaria mi vida, una vida honrada y sin mancha, en el cadalso ó en el presidio... y deshonoraria públicamente á esa mujer... y legaria por toda herencia á su hija de usted... la vergüenza y la ignominia!...

CARLOS. Oh!... basta!... basta!...

LUIS. Me queda el derecho de perdonar, y tengo bastante corazon para hacerlo... Pero no... la clemencia no debe ahogar la justicia!... Usted es indigno de perdon... Usted me ha hecho un mal irreparable... Usted me arrebató mi pasado, mi presente, mi porvenir... Usted me roba mi amor en mi mujer; mi esperanza en mi hija; mi consuelo en usted mismo... porque... sábelo de una vez, desgraciado!... los tres erais todo mi corazon!

CARLOS. (Muy conmovido.) Luis!... Luis!...

LUIS. Al fin se revela su conciencia de usted, y empieza á comprender toda la inmensidad de su crimen! (Ella llora en silencio y arrodillada.)

CARLOS. Concluyamos... Usted no quiere batirse ni quiere matarme... ¿Quiere usted que yo parta y que imagine un medio de quitarme la vida que pueda atribuirse á un accidente? Si asi es, dígalo usted de una vez!... partiré esta misma noche, y antes de tres dias se cumplirán los deseos de usted, sin que me cueste un solo suspiro... porque mi vida es un infierno insoportable!

LUIS. Por eso no quiero que usted se la quite.

CARLOS. Entonces ¿qué quiere usted?

LUIS. Quiero dar á usted un castigo mas terrible... un castigo proporcionado á su culpa. Quiero dar al mundo una explicacion que ponga á salvo mi honra; la honra de esta mujer, y el porvenir de esa niña... No le parece á usted bien mi propósito?...

CARLOS. Explíquese usted.

LUIS. Esta misma noche sin mas dilacion, sin otro plazo, me me exigirá usted legalmente los capitales que tiene en mis cajas, de modo que yo quede arruinado.

CARLOS. Eso es una infamia!

LUIS. Ha cometido usted tantas!...

CARLOS. Pero...

LUIS. Y cree usted que ahora puedo guardar un solo céntimo de la fortuna que con el dinero de usted he ganado?

CARLOS. Arrójela usted al viento si le repugna conservarla.

LUIS. No!... quiero verme arruinado, pero arruinado por usted.

CARLOS. Para qué?

LUIS. Para que el mundo diga la que hace poco decia Enriqueta, que le representa á mis ojos con sus frivolidades, con sus burlas, con sus injusticias... y con sus... derechos... Que se ha vengado usted de la virtud de la mujer con la ruina del marido!

CARLOS. Pero eso es mi deshonor.

LUIS. Debo yo á su honor de usted mas miramientos que los que usted ha guardado al mio?

CARLOS. Y si me negase?

LUIS. Si se negase... (Llama y sale un criado.) Diga usted á la señorita Carolina que venga. (El Criado se retira.)

ELENA. Luis, Luis!... qué pretendes?

LUIS. Quiero que la... hija... de ustedes... conozca toda su perfidia... toda la desgracia que ustedes le causan... á fin de que los aborrezca.

ELENA. { Ah!... no!... no!...
CARLOS. }

ESCENA VIII.

DICHOS, CAROLINA.

CAROL. Me llamas, papá?... aqui me tienes.

LUIS. Carolina... (Carlos y Elena, en la mayor ansiedad, le dirigen

una mirada suplicante.) tu madre es rica; tu padrino es rico; yo me he quedado pobre. (Después de haber mirado atentamente á una y á otro) Sabes tú lo que es ser pobre?

CAROL. Si; no tener nada!

LUIS. Con cuál de los tres quieres vivir?

CAROL. Contigo. (Echándole los brazos al cuello.)

LUIS. Está bien. (Bajo á Carlos) Todas las cuentas estan arregladas... dentro de una hora mi cajero liquidará con usted. (Á Elena, bajo.) En cuanto á usted, señora... (Se detiene un momento.)

ELENA. (Dios mio!... qué irá á decir?)

LUIS. Se irá usted á vivir con sus padres... después de haberme reclamado su dote, y de escribirme que no tiene valor para soportar la miseria...

ELENA. Pero eso seria mi perdon!...

LUIS. Al contrario... entre todas las penas he escogido la mas infamante... Los condeno á ustedes á los dos, á la ingratitud!...

ELENA. (Tímidamente.) Y mi hija?

LUIS. (Su hija de usted!) Carolina, tu madre tiene que partir para un largo viaje. Quieres irte con ella, ó quedarte conmigo?

CAROL. Prefiero quedarme contigo.

LUIS. (Ya lo oye usted, señora; ella misma pronuncia su sentencia de usted.—Abraza á tu madre. (Á Carolina. Esta se acerca á Elena; después de abrazarla, hace un movimiento para dirigirse á Carlos; pero Elena la detiene y con un gesto la envia á Luis. Carlos sale desesperado.) Ahora puede usted partir á casa de su madre! (Elena, abrumada, da un paso para salir. Á Carolina, cogiéndola en sus brazos.) Me quieres mucho?

CAROL. Oh! si... pero no volveré á ver á mamá?

LUIS. Tal vez!... (Mirando á la puerta por donde sale Elena.)

FIN.



*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en
que su representacion se autorice*

Madrid 3 de Octubre de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.



ria.
 818.
 sta de pájaro
 hojuelas.
 Polonia.
 a Emparedada.
 nco.
 entiendo, ó un hom-
 o.
 tra ñobleza.
 oro lo que reluce.
 de enmienda.
 o revuelto.
 por él.
 las las de honor, ó el
 io del Cld.
 sta del jardín.
 aballero es D. Dinero.
 niales.
 catigo, ó la conquis-
 nda.
 do al Coronel!...
 cho abarca.
 e la mía!
 el autor?

¿Quièn es el padre?

Rebeca.
 Rival y amigo

Su imágen.
 Se salvo el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid*)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.
 Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.

Un amor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.

Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemaropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitancia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una taita.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
 buena ley.
 s teo.
 la Gitana.
 Marte.
 lora.
 ndo.
 iquita.
 anto, ó el Alcalde pro-
 ler.
 no.
 o de una ópera.
 ro y la maja.
 del hortelano.
 y en Marruecos.
 n la ratonera.
 o mono.
 de carnaval.
 o (drama lirico.)
 lon de la Rioja (*Música*)
 de de Letorieres.

El mundo á escape.
 El capitan español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El Colegial.

Harry el Diabolo.

Juan Lanas. (*Música*)
 Jacinto.

La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen Retiro.
 loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.
 La Jardinera (*Música*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del Valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.

Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrion
Badajoz.....	Ordóñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervás.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figuera.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	II. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.